

Era una mañana cualquiera, como tantas, pero me desperté en una cama que no era la mía, y en una casa, que tampoco era la mía, miré por la ventana de la habitación, entraba mucha luz y notaba el silencio, no se oían los coches, los pitidos, los golpes habituales. “Claro que no”, estaba en mi pueblo, en la provincia de A Coruña. Era agosto, y tocaban esas vacaciones que guardas para ver a la familia, esas semanas que puedes salir e irte al campo, a respirar aire puro, a saludar a los tuyos, esos que por desgracia, no ves con la frecuencia que te gustaría. Abrazas a tu abuela, a tu madre, a tu padre, y que por cuestiones de la vida, nos los había visto desde Navidad.

Mi nombre es Ana, vivo en Barcelona, trabajo de periodista, estoy divorciada de mi ex marido Manuel, con el que tuve una hija, le llamamos Luz, porque para mí, es eso, luz, allá donde va, llena el espacio de luminosidad, y su sonrisa, te hace sentir que eres lo más importante en su vida. Afortunadamente, somos de esos pocos matrimonios, que una vez separados, se llevan mejor, que cuando estaban juntos. Tenemos custodia compartida, no lo discutimos, surgió sin más. Luz, se merece tener a sus dos padres y darle todo el amor posible.

Me levanté, y miré por ese ventanal antiguo, de la casa de mi abuela Dolores, y pude ver el campo, las flores, los árboles, comenzaba un nuevo día, y no había mejor vista, que la que tenía delante de mis ojos, ¡mi pueblo!

Toqué antes de entrar en la habitación de Luz, ya es una adolescente, dieciséis años, y por supuesto necesita su intimidad. No seré yo quien la perturbe.

_ Mamá, ¿eres tú?, pasa, no encuentro mi top verde.

Vaya, pensé.. que desgracia, nos falta el top verde, ¡espero por todo lo sagrado, que no lo olvidase en Barcelona, sino sería un drama terrible!

_ Buenos días, cariño. Seguro que lo tienes aún en la maleta, mira bien, no vaya a ser.

_ Ah, sí, tenías razón, aquí está, menos mal.

Ufff, pensé yo, menos mal, “sino se convertiría, en el primer drama de la mañana”.

_ Luz, voy a ir bajando para ayudar con el desayuno, cuando estés lista, baja y desayunamos todos juntos. Estoy segura que nos están esperando y no me equivocaba, cuando llegué a la cocina, me acerqué a la lareira, y me vinieron a la memoria tantos recuerdos, inviernos correteando por la casa, con mis primos, ¡los inviernos cerca de la Lareira!, de la hoguera, en todas la casas había una, mejor o peor, pero la había, mantenía la casa caliente. Me encantaba ese olor, es el olor de mi infancia. Mi abuela había soltado a las vacas, ya estaban pastando, seguro que las había ordeñado, con la ayuda de mis padres. Mi abuela sigue anclada en ese pasado, al que se resiste a dejar.

Mis padres viven en La Coruña ciudad, pero vienen al pueblo con frecuencia, mi abuela, que es terca como una mula, no quiere dejar su casa. Mi abuelo, falleció el año pasado, y mis padres, aunque lo han intentado mil veces, no son capaces de convencerla para vender la casa o no venderla, pero sí los animales, e irse a la ciudad con ellos, iba a estar más cómoda. Pero eso es un imposible, mi abuela, como dice, nació aquí, se crió en el campo, y no sabría vivir en la ciudad, además que si se tiene que morir, con contundencia lo repite “morrerei na miña casa, na miña terra”. Mi madre, ya dejó de discutir con ella, sabía que los vecinos están pendientes de Dolores, o Lolita como la llamaban muchos, para mi siempre será mi querida abuela Lola, la única y maravillosa, la insustituible, la mejor que una nieta pueda llegar a tener, ella y solo ella con su cariño, llena la casa de amor, de ternura, tiene ese don, como le ocurre a Luz, que su presencia llena una habitación. “Quizá lo heredó de su bisabuela”.

Me acerqué a ella y la abraza fuerte por detrás.

_ Ahí, miña nena, que susto.

_ Buenos días abuela, espero que no te levantas muy temprano.

_ Anda que no, contestó mi madre, a las cinco de la mañana, como siempre. Tu abuela es de costumbres, hija mía, ella y sus animales, ni que le hicieran falta, ahora a su edad y pelear con

las vacas, menos mal que Antonio, el chaval del vecino, le ayuda por unas cuantas pesetas. Pero bueno, eso no le quita a ella levantarse, y andar al frío.

_ ¡Qué frío, muller!, le dijo mi abuela, frío ningún, estamos en agosto, hace calor, ¿o no lo notas ya?.

_ Pues sí, abuela, ya se nota calor. Mi pueblo está entre la provincia de Pontevedra y A Coruña y la sensación térmica es más alta.

_ Buenos días, dijo Luz, ya estoy preparada para tomar un poco el sol en el campo, y luego bajar al pueblo, así veo cómo está el ganado por aquí.

_ Pero hija, que no estamos en la ciudad, cuidado Luz, los chicos de aquí, puede que no estén acostumbrados, a que una chica vaya así directa hacia ellos.

_ Bueno, bueno, dijo mi abuela. No te preocupes por eso, miña nena, que aquí todos son de ciudad. Están pasando las vacaciones, como tú y tu madre, aquí en invierno, no hay nada más que viejos, no hay gente joven, solo unos cuantos, como Antonio, que ayuda a su padres, o Manuela, que vive unas casas más para allá, pero es raro, ahora todos se fueron a la ciudad.

_ Será porque es más cómodo bis, le dijo Luz, dándole un beso en la mejilla, así que piénsalo ya, de una vez, porque si no quieres ir a Coruña, puedes venir a Barcelona, ¿verdad, mamá?. Allí sí, que vas a alucinar, bis, hay de todo, y el ambiente es estupendo. El mar, calorcito en verano, así que ya sabes.

_ Claro que puede venir cariño, tu bis, como dices tú, lo sabe muy bien, pero es ella así de cabezota. No la separes de su tierra, ella es de aquí, siempre lo dijo.

_ Miña nena, aquí vivin moitas cousas. Ah, dijo, llevándose las manos a la boca, “perdón”, lo dije en gallego, y Luz no sabe, quise decir cariño, mi niña, que aquí viví muchas cosas, con tu abuelo, con mis hermanos, que algunos ya no están, y eso te marca para toda la vida cariño, pero claro que me iría contigo a Barcelona, o al fin del mundo, Lucecita. Pero perdona a esta vieja, que ya solo piensa en su comodidad, y a estas alturas de la vida, cariño mio, no me

saques de mi casita, de mi tierra, de mi gente, aquí es donde quiero estar.

_ Claro que sí bis, no te obligaré, solo faltaba, a mi me encanta venir aquí, y verte, darte mil besos. La achuchó un ratito, y mi abuela lo saboreó como si fuera el mejor pastel.

_ Pero que rapaza esta,... Ala, otra vez,... quiero decir, que chica esta.

_ Tranquila abuela, le dije, Luz, algo entiende, pero es verdad que sabe más catalán, que gallego, y no será porque no le hablo en gallego, pero al vivir en Barcelona, es complicado, además, en el instituto también hablan en catalán, así que, levanté la manos en señal de derrota. Incluso yo lo hablo, o más bien lo chapurreo, pero lo intento.

_ Dejate de catalán, que tu eres gallega, dijo mi abuela.

_ Claro que sí Lolita, y a mucha honra, le dí otro beso y un achuchón.

Desayunamos todos juntos en la cocina, junto a una gran mesa, con su cocina de leña, mi abuela era de las de antes, no le hables de la vitrocerámica, para qué discutir. Disfrutamos en familia de un ratito todos juntos, antes de ponernos con las faenas de la casa, y luego a disfrutar del pueblo. Por la tarde bajé a saludar a los vecinos, y como era de esperar, siempre hay recibimientos de copete. El pasa, y toma algo, nunca falta. Los gallegos somos muy buenos anfitriones, nos encanta recibir a la gente, que se tomen un trocito de bizcocho, o un café de pota, o lo que les apetezca. Después de saludar a todo el mundo, Luz y yo nos fuimos a la plaza grande, donde se junta más gente, vinimos en las fiestas, claro, y había muchos familiares de fuera. Ví a mis primos, sobrinos, amigos que hacía años que no veía, fue estupendo reencontrarme nuevamente con ellos, que bonito es regresar a tu casa, a tu tierra, y estar con los tuyos. Luz se juntó con unos chavales, que son de la familia de unos vecinos, así que la dejé a su aire, total, aquí no había gran cosas que hacer, más que ir al río a refrescarse, o tomar el sol en la hierba, y de noche, la verbena, eso que no falte. Así, tuve tiempo de estar con dos amigas, que también andaban por el pueblo.

_Sonia, es que aún no me lo creo, tu con Cesar, no me lo hubiera imaginado en la vida, dije.

_ Pues a mi, quien me iba a decir, que te ibas a separar de Manuel. Me espetó.

_ Ya, bueno, al final estábamos juntos por compromiso, y no éramos los mismos, Luz empezaba a darse cuenta, decidimos separarnos y la verdad, es lo mejor que pudimos hacer. Conozco a su nueva novia, se llama Leire, y es muy maja, trata bien a Luz, con lo cual, estoy tranquila. Y él conoce al chico con el que me estoy viendo, se llama Aitor, es del País Vasco, compañero en el periódico, ya nos hemos acostado un par de veces, pero vamos despacio, a ver que surge. Luz lo conoce y le cae bien.

_ Pues yo, aunque no os lo creáis, también tengo pareja, dijo Maribel, se llama Irene, y trabaja en un banco, llevamos viviendo juntas un año, la verdad es que nos va bien, estoy muy contenta.

_ Me alegro muchísimo por tí Maribel, por fin te decidiste. Te costó lo tuyo salir del armario, no es fácil, y mucho menos aquí.

Cuando terminé de ponerme al día con mis amigas, volví para casa y decidimos dar un paseo, a la fresca, como se dice por aquí, es decir, cuando hace menos calor, con mi abuela y mis padres. Luz, como no, andaba a lo suyo, con la gente de su edad, como es normal.

Fue agradable estar todos juntos, caminando por estos campos, que tantas veces crucé a carreras, los recuerdos vinieron a mi mente, cuando acompañaba a mi abuelo con las vacas y las llevaba a pastar, los juegos que hacía, o montar en los caballos del vecino.

Parece mentira, las pequeñas cosas que vivimos, son las que realmente perduran. Esas que muchas veces ni les damos importancia, pero son las que más te llenan de felicidad.

El abrazo de tus abuelos, el amor de un padre o de una madre, la sonrisa de un hijo, la compañía de los amigos de toda la vida, el despertar y ver la luz con otro color, ese color de tu infancia, el olor a leña, a pan recién hecho, a campo, el olor a tu tierra, esa que llevas muy dentro, y de la que jamás te vas a olvidar.